

MEXICO, D.F., 19 DE SEPTIEMBRE

Norma Cerutti.

Al principio fue, solamente, el lento tiritar de la leche en el tazón. Las olas de un mar de chocolate se empujaron ansiosas hacia los bordes. Gotas perladas, unidas una a una, rodaron hasta manchar el plato.

— ¡Ay! Ya la regué. Seguro que el abuelo se enoja.

Las campanitas en la ventana se quejaron nerviosas. Nunca habían cantado tanto. El búho de migajón se precipitó por un abismo y estalló en el piso de la cocina. Un vuelo de infinitas partículas blancas se perdió en el aire.

— ¿Por qué mi búho?

El rostro del abuelo vuelto lágrima se extendió hacia él y su mano apretó el calor inquieto del aire.

La mañana se hizo esta larga oscuridad.

Lo peor es estar así, en el suelo, con las pestañas y los ojos llenos de este polvo que no se sabe si es tierra o qué. No, el sabor de la tierra es mejor, más dulce.

Una voz se estrella contra los muros del silencio. ¡Su voz!

— ¡Abuelo! Abuelito, ¿dónde estás? No te escondas, tengo mucho miedo.

Del fondo de un pozo encantado salen quejidos, luego otros y otros, hasta alcanzar las formas aladas de los gritos, lamentos obstinados en encontrar una salida, arañan bordes, aferran hilos sangrientos a paredes resbalosas. Tejen. . . telarañas con ecos. Transitan . . . puentes inestables, móviles. Caen. Nada.

— Abuelito ¿a dónde te marchaste?

Mañana destrozada, oscuridad silenciosa.

Una gota late, respira acongojada y besa la mano de Panchito.

— ¡Agua! ¡Agua!

Lengua engarzada con cristales de plomo desvanece su ardor en ínfimo manantial. Descansa.

Cuerpo laxo, párpados marchitos. Descansa.

Nuevos sonidos fustigan, acechan, desde agujeros inventados. El sueño es imposible.

— Abuelito, ven . . . ¿Qué fue lo que nos pasó? Todo está tan oscuro y las piernas me duelen.

Una saeta de aire atraviesa los muros, estalla en voz. Antigua y cálida, como el barro, llega, se instala.

— ¡Panchito, contéstame! ¿Estás bien?

— ¡Abuelito! ¡Al fin! Sácame de aquí, abue.



Tengo tanto miedo.

— ¡Escucha, grumete! Ahora no puedo llegar hasta ti, pero nuestros compañeros vendrán pronto. Te explicaré lo que sucedió. Los ingleses atacaron el barco en el que veníamos, hirieron a Sandokán.

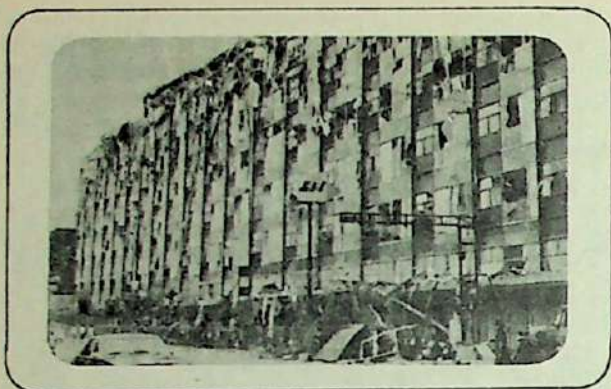
Cascada temblorosa, la voz resbala por los bloques de cemento, anega los escombros.

— ¿Sabes? Peleó como un tigre. Ya casi los habíamos vencido, cuando . . .

— Abuelito, no me cuentes historias ahora.

No puedo moverme, tengo sed y miedo.





— ¿Cómo que historias? ¿Olvidas que tu abuelo es un gran navegante? ¿Qué he luchado siempre al lado de Sandokán?

Creí que mi nieto era intrépido como yo, que me sucedería al lado de El Tigre de la Malasia. No pienses en la oscuridad, nuestros amigos luchan por sacarnos de aquí. Imagínate lo que es mover esos tremendos barriles con pólvora y las cajas con alimentos que había en la bodega.

Eso, además del agua que debe estar entrando porque parte de la proa se rompió.

Y todo ese trabajo por salvarnos a nosotros.

Déjame contarte. Yo estaba parado junto a Sandokán cuando...

— No te enojés, abuelito. Déjame dormir un rato, estoy tan cansado...

— Duerme, Panchito. Cuando despiertes llámame. Quizás Yáñez, siguiendo las órdenes de El Tigre, esté ya muy cerca nuestro.

Los párpados se cierran. Inquieta, otra gota de agua se desprende de los bloques y rueda por la mejilla del niño. Busca ansiosa un camino y se derrama en la boca entreabierta.

Manos rugosas, maestras en trabajar la tierra, se clavan en el polvo. Palas grandes, aceleradas, saben que no hay tiempo. El cuerpo no ayuda apretado entre montañas de cemento. Sólo ellas, libres, y la tierra en los ojos y la boca.

Correr, esta loca carrera por llegar a apretar las

manitas infantiles. Correr... Buscar, con las manos inflamadas un túnel comunicante. Sentir, que las lágrimas inundan los montes del rostro y abrazan la garganta dolorida. Luchar...

El tiempo se precipita por un tobogán vertiginoso.

Arena, cemento, escombros empujados por tremendas palas de piel se apilan en el pecho, entre los hombros. Llegar, llegar...

— ¡Abue! ¿Estás aún ahí? Cuéntame que pasó con Sandokán.

Madera rugosa, el rostro anciano se arquea en sonrisa. Las manos escarban dichosas mientras la voz construye ciudades de azúcar, recrea mares de esmeraldas, modula canciones marineras, inventa princesa morena, ojos de miel, cabellos de plata.

El tiempo resbala.

Oídos antiguos, viejos caracoles, vasijas de sonidos, avezados en escuchar más allá del mar, más allá de las rocas, descubren voces extrañas que hablan de picar, taladrar y anunciar arriba en diez, tal vez quince días.

Sabe que es demasiado, que no puede esperar.

Crea selvas, recorre prados, las manos lastimadas cavan, cavan.

— ¡Abue! Aquí, en esta parte del barco tengo un barril con miel. Cae justo sobre mi boca una gota, de tanto en tanto.

— ¡Ay, grumete! No te tomes toda la miel, espérame.

— Claro, te guardaré bastante.

¿qué pasa, abuelito? ¿Lloras?

— ¡No! Ríe de pensar en ese banquete que me aguarda. Cuéntame tú, ahora, cómo van allí las cosas.

Campana áurea tañe risas, colores, jirafas enanas, pájaros cristalinos, castillos en las rocas, flechas de azahar.

El tiempo ha caído.

Manos agrietadas palpan aire. No más cemento, no más escombros.

— ¡Grumete, grumete! ¡He llegado!

Se abre la flor de barro. Descansa en ella una manita dorada. Y se van con su costal de sueños cargados de mariposas blancas. Se van.

Voces lejanas prometen llegar.